una misma sociedad, pero en diversos momentos de su evolución, o estando colocados en diversas y opuestas clases sociales o manteniendo diferentes posiciones vitales. La historia se nos presenta, pues, como dotada de una doble perspectiva: es el resultado de las acciones y decisiones de los hombres que han pasado pero tal como lo quieren o necesitan ver los hombres del presente, de no importa qué presente. Esta historia, producto del hombre que ha sido y del que es, habla, nos habla, de un hombre real que ha sido, de alguien concreto, que existe "pero un existente jamás puede justificar la existencia de otro existente" [22]. El tratar de justificar las acciones que puedo cometer en mi presente por medio de las acciones y pasiones sufridas y cometidas por otros hombres en otros presentes implica el caer, el cometer, una *acción de mala fe*. [23] Ni el hombre presente ni el pasado tienen o pueden pedir una justificación. El hombre histórico es lo que es. Es el conjunto de sus obras, es el conjunto de sus acciones, es la totalidad de sus decisiones efectivamente cumplidas. El hombre presente es un proyecto libre. El hombre histórico es el resultado del cumplimiento de sus proyectos detenidos. La historia es el análisis de los proyectos de los hombres que han sido por los que son.

Si la historia es el descarnado análisis de los proyectos humanos, se nos presenta como no siendo otra cosa sino el resultado de las acciones de sus miembros constitutivos. La historia sería lo que ciertos hombres han querido, con y en su vida, que fuera. Sería el conjunto, pero no la suma, de las acciones y pasiones de ciertas individualidades, de ciertas personalidades. Que, para Sartre, son, por sus conflictos internos, los *motores* de la historia. [24] Los conflictos internos adquieren ese poder de fungir como motores del desarrollo histórico y del desenvolvimiento colectivo no sólo cuando se encuentran dentro de una determinada personalidad, sino cuando se encuentran en el seno de un determinado grupo de individuos, de una familia, de una clase social. El que se den en

22. Jean-Paul Sartre, *La nausea*, ed. Gallimar, París, 1938, p. 250.
23. El sostener un punto de vista como éste hace comprensible el que se desprecien y llamen "recursos de mala fe" a todas aquellas interpretaciones de la historia que pretenden alabar o denigrar alguna determinada actitud social o política en función de un "espíritu nacional eterno" o de pertenencia a un "grupo superior", para no citar sino dos ejemplos bien conocidos.
24. Sartre, *Cuestión* . . . , ed. cit., p. 115

unos u otros no altera ni su labor efectiva, ni su constitución, ni, mucho menos, la posibilidad de su desentrañamiento y estudio. El conocerlos y comprenderlos es uno de los más importantes factores para el conocimiento de la realidad histórica y, por tanto, de la realidad del hombre. En nuestra época, se queja Sartre en su *Cuestión de Método*, la historia se hace sin conocerse, se la considera, por incomprensión o desconocimiento de sus motores, como el resultado de una cadena de actos fortuitos, sin ley, como un ciego encadenarse de hechos-causa y acontecimientos-efecto, como el conglomerado y la suma de una serie de contingencias innumerables. Pero en nuestra época existe una imperiosa necesidad de transformar ese fatalista punto de vista, ya que el hombre pretendidamente más auténticamente actual, el *revolucionario*, si quiere obrar, no puede ni debe considerar a los hechos históricos como el resultado de contingencias sin ley "... unas constantes, unas series parciales, leyes de estructura dentro de formas sociales determinadas, he ahí lo que necesita para preveer. Si se le da más, todo se desvanece en idea, ya que no precisa hacer historia, sino leerla día a día; lo real se convierte en sueño" [25]. —Pero si se le da menos, nos sentimos tentados de agregar, lo real se convierte en pesadilla—. Se nos hace, pues, necesario el conocimiento de unas leyes estructurales de la historia dentro de formas sociales determinadas. Y ellos sólo pueden producirse por medio de un análisis que parta de explicitación de los diversos motores que puedan darse y encontrarse en la historia.

Dentro de esas necesidades el conocimiento de las personalidades, individuales o colectivas [26], es de singular importancia, ya que el análisis de sus "conflictos internos" puede aclarar y hacer

25. Jean-Paul Sartre, *Materialismo y revolución*, trad. B. Guillén, ed Deucalión, Buenos Aires, 1954, p. 92.
26. Sí es posible hablar de una personalidad colectiva. A pesar de la extrañeza de la expresión y de su aparente contrasentido creemos que bien se puede emplear el término, ya que en recientes estudios, de la llamada psicología de grupos nos muestran la aplicabilidad del concepto y su existencia real. Por personalidad colectiva entendemos la fuerza de un determinado grupo social que produce en su seno los conflictos que van a fungir como motores de la historia o de alguna manifestación social determinada. Tal sería el caso de los Jacobinos durante la Revolución Francesa, o de la burguesía nacionalista en las Guerras Lationamericanas de Independencia.

comprender en sus propios lineamientos los motivos últimos de la historia, su por qué y su cómo. Además es indispensable, a lo menos para Sartre, aunque no sea claramente explícito en ello, el conocer a quienes hacen la historia para saber a qué atenerse en el momento de actuar, de producirla y en los momentos sucesivos. Ideas que nos parecen un tanto discutibles, ya que nos inclinamos a pensar que para el conocimiento y develación del sentido de la historia es menester una visión de conjunto y una perspectiva lo más amplia posible. La cercanía e inmediatez de los sucesos humanos y sociales que se pretenden historiar impide tener esa perspectiva deseada. Además, la posible existencia de intereses extrahistóricos puede llegar, y con frecuencia lo hace, a deformar el panorama total de los acontecimientos. Además, como el mismo Sartre lo quiere, la historia es imprevisible e indeductible, para poderla estudiar, para poderla comprender y poder comprender a los hombres que la vivieron tiene que sernos dada de antemano. Podemos estudiar lo más ampliamente posible, desentrañar sus por qués y cómos, a los acontecimientos acaecidos en la Revolución Francesa, pero no así a la Soviética. Podemos enfrentarnos al estudio de la figura de Lenín, pero no a la de Castro Ruz. La Revolución Soviética continúa desarrollándose vivamente. La Francesa está detenida, ya dio lo que podía y tenía que dar. Lenín ha muerto y lo poseemos plenamente. Castro vive y desconocemos su desarrollo y futura evolución. El enfrentarse a los hechos del presente inmediato con un método y una finalidad historiográfica, implicaría una tan gran flexibilidad de conceptos, una tan fuerte dosis de imprevisibilidad que se nos antoja incompatible con el concepto de historia, si se puede hablar en este caso de historia, lo que se obtendría sería una mera 'adivinanza', agradable y divertida sí, pero que no es historia, historiografía, ni ciencia ni nada semejante.

En la *Crítica de la razón dialéctica* insiste una vez más Sartre sobre la importancia fundamental que tiene el desentrañar y comprender al "proyecto fundamental" pero dando ahora principal énfasis a su incorporación y estudio dentro de una historia, pero no en una individual sino en la que pudiéramos llamar social. No en una historia ideal, sino en la historia concreta de una determinada sociedad en permanente construcción, en una sociedad en la que impera el trabajo individual y las relaciones de producción de todos sus miembros. Sólo en una sociedad que posea estas notas pueden claramente aparecer y ser comprendidas las determinaciones individuales, las reales determinaciones de los hombres. Ya que el hombre con nombre, este hombre singular de esta sociedad concreta, se define antes que nada como un ser *en situación*. Determinaciones que sólo pueden ser vividas en y por un proyecto humano, que, tal como en los casos anteriores, no puede en ningún caso ser definido conceptualmente y que, en tanto que proyecto es siempre comprensible, si no de hecho, por lo menos de derecho. Hacer explícita esta explicación no conduce, nos dice Sartre "a encontrar las nociones abstractas, cuya combinación pudiera restituirlo en el saber conceptual, sino producir en sí mismo el movimiento dialéctico que parte de los hechos dados recibidos y se eleva a la actividad significante. Esta comprensión que no se distingue de la *práxis*, es a la vez existencia inmediata: y el fundamento de un conocimiento indirecto de la existencia" [27]. Este conocimiento indirecto de la existencia no es otra cosa que el resultado de una reflexión sobre ella, que fundamenta y posibilita algo así como el darse de una ideología y una ciencia social dentro de las que se encontraría, y en un lugar de primer orden, la historia. Pero una historia entendida como el resultado y la acción del proyecto personal y de la praxis humana.

Dentro de una filosofía y una ciencia social entendida de la manera anterior las investigaciones que se pueden efectuar en torno al proyecto humano deben destacar por su importancia y principalísimo lugar. Ya que cómo veíamos, el hombre es para Sartre, y así siempre lo ha sido para él, fundamentalmente un proyecto, su proyecto. El obrar y actuar individual son los únicos medios que poseemos para comprender "el secreto del acondicionamiento del individuo como tal y como miembro de una sociedad". El sentido y valor que pueda mostrar una conducta humana se logra comprender, en su perspectiva general, mediante las realizaciones de las posibilidades, de los proyectos, que hacen que se comprenda lo dado: la totalidad de las acciones y actuaciones humanas en su conjunto y panorama social. El proyecto nos reenvía, pues, a la comprensión fundamental, fundamentadora y fundamentante de la realidad humana. Comprensión que, para nuestro autor, es siempre actual y

27. Sartre, Cuestión . . . , ed. cit., p. 105.

nunca potencial, se encuentra expresada y dada en toda acción, en toda praxis, y, lo que es más importante, sin tener en cuenta que sea individual o colectiva, que surja y aparezca en forma sistemática, o manifestándose en forma de encadenamientos de causa a efecto, o no.

Para Sartre sólo existe una entidad real y sólo existen unas relaciones reales: sólo existen hombres y sus relaciones socio-económicas. Así pues, el objeto central de la ideología de la existencia, y para decirlo con las palabras de Sartre, "es el hombre singular en el campo social, o en medio de objetos colectivos y de otros hombres singulares, es la individualidad enajenada, mistificada, tal como lo han hecho la división del trabajo y la explotación, pero luchando contra la enajenación por medio de instrumentos falseados y, a pesar de todo, ganando pacientemente terreno" [28]. Implicándose y deduciéndose que el soporte de los objetos colectivos, —ideologías, relaciones sociales, instrumentos de trabajo, etc.—, deben buscarse en la actividad concreta de los individuos: "*no negamos* la realidad de estos objetos, pero pretendemos que es *parasitaria*" [29]. Objetos que, dejando a un lado su carácter parasitario, deben hacer parte del estudio del hombre por humanizarse y deben hacerse partícipes de lo humano por intermedio de una multitud de relaciones humanas. La historia real, la historia concreta, la historia que logra sistematizar la praxis humana, sólo puede ser comprendida en la medida en que puede reflejar la *mediación* de unos hombres concretos, de unos hombres con vida histórica real y acequible. No sólo la historia comprendida como el campo de acción y desarrollo de la lucha de clases, o como el estudio de los movimientos e interrelaciones que puedan sucederse entre una base y una superestructura social, puede y debe ser entendida por la mediación de la acción de ciertos hombres, sino que para comprender lo más justamente posible el desarrollo, acción y efectividad de ciertos "instrumentos ideológicos" se presenta como siendo indispensable el analizarlos en función de una mediación real y concreta, es decir, humana [30].

28. Sartre, *Cuestión* . . . , ed. cit., p. 126.
29. Sartre, *Cuestión* . . . , p. 86.
30, Sartre, *Cuestión* . . . , pp. 55-56.

En esta breve exposición de algunas de las ideas de Sartre sobre la historia y su estudio se nos hace patente con alguna claridad, puesto que ha sido necesario el buscar leer entre renglones, el destacado lugar en que coloca la obra de los hombres, la acción de los individuos concretos. El importante lugar que ocupa en su pensamiento la necesidad de fundamentar un enfoque existencial de la historia que proyecte, complemente y ejemplifique su posición filosófica. En ésta que podemos llamar su concepción de la historia, es de excepcional importancia centrar la atención en la acción de unos individuos concretos. En individuos que pueden ser vistos como los mediadores y los catalizadores de la historia. Mediador sería el hombre capaz de modelar y señalar las guías que en un momento determinado debe seguir su sociedad. Y puede hacerlo sin necesidad de recurrir a pretendidas actitudes mágicas o interpretaciones metafísicas puesto que, como todo hombre, puede modificar, dirigir su porvenir y con él, el futuro de la sociedad en la que está obrando. Así la personalidad se convierte en la expresión de su tiempo, en la síntesis de sus problemas y en el intento de transformarlos. Modificación y transformación que sólo aparecen para nosotros y que sólo son según nosotros. Puesto que somos los únicos que tenemos la posibilidad de darnos cuenta de las consecuencias que la acción libre de una determinada personalidad ha podido desencadenar. Somos los únicos que tenemos una perspectiva y una pretendida objetividad adecuada para comprender a los hombres que han sido y con ellos a su historia, a nuestra historia.

Para Sartre, la historia sería un poco la narración de la vida de ciertos hombres, de ciertas personalidades completas, acabadas, sin posibilidades de elección: muertas. De personalidades que, como lo quiere Febvre, entregan su obra a sus continuadores sin saber si va a ser modificada, desvirtuada o anulada. Es esta la tragedia de las personalidades: "Han caído en el dominio público". Entender la historia de esta manera es comprenderla sin un afán moralizante. Es comprender y sistematizar la praxis de los hombres como tal, como acción, lucha y trabajo humano en un mundo de relaciones e interrelaciones sociales. De las que ciertos individuos, las personalidades, son sus máximas expresiones, sus más plenos voceros. Las que no serían en esta concepción ni los paradigmas a seguir, ni la encarnación de un "espíritu absoluto" ni la per-

sonificación de una ahistórica "tabla de valoración", ni el hombre que por un impulso divino, o casi, es capaz de convertir una sociedad cerrada en una abierta, ni, mucho menos, un "superhombre étnico". Sólo serían, y no es poco, un cierto tipo, el mejor y el más claro, de expresión de lo común que presentan los hombres de cada época y lugar, sufriendo las particularidades de su vida y momento. Sólo sería la mediación necesaria para el reconocimiento, comprensión y análisis en el pasado de lo más propio del hombre en cualquiera de sus proyecciones temporales: la libertad, la escogencia y el compromiso.

Capitulo V

Personalidad y Sociedad

§ 10. *El problema en los iniciadores de la sociología francesa contemporánea.*

Suele encontrarse, y con más frecuencia de lo que se puede pensar, en los manuales, obras y textos que versan sobre la problemática de la historia, bien sea sobre su totalidad o sobre una parte de ella, una tácita ley, formulada a la manera de una máxima moral y que, como ellas, atrae por su aspecto sentencioso y grandilocuente. En su formulación más compendiada y fácil de retener se nos puede presentar así: *Los hombres sólo hacen historia cuando tienen propósitos.* Axioma que decidida, franca y totalmente se opone al que apenas hace unas páginas nos formulara R. Aron: "Los hombres hacen su historia, pero no saben qué historia hacen". Ambas máximas, por antagónicas y contradictorias que parezcan, tienen un aspecto común: tratan de resumir en unas cuantas palabras el porqué de la historia que crean los hombres, entendidos como partes constitutivas y como miembros de colectividades. Parecen estas máximas estar poseyendo un amplio margen sociológico o, a lo menos, parecen remitirnos a él. Ambas nos envían, o pretenden hacerlo, al estudio del impacto que el hombre, considerado tanto como personalidad o como masa, sufre en una sociedad en permanente construcción y la transformación que su obrar produce en la sociedad que está creando. El análisis que en la obra de Aron hemos tratado de efectuar acerca de las relaciones que se pueden dar entre el papel de las personalidades y el suceso nos lleva a tratar de hacer lo mismo, con igual tema y finalidad semejante, en y sobre la obra de algunos sociólogos que en Francia se han dado en los últimos años y en otros autores, historiógrafos y filósofos de la historia, que sobre este tema han reflexionado y escrito.

"Los fenómenos psíquicos, escribe Emile Durkheim, sólo pueden tener consecuencias sociales, cuando están tan íntimamente unidos a los fenómenos sociales, que su acción esté necesariamente confundida... Así un funcionario es una fuerza social, pero es, al propio tiempo, un individuo. De aquí se desprende que puede